

RECUERDOS, HÉLICES Y TURBINAS

por Alberto Rumschisky

Mi recuerdo más reciente es negativo. Fue el pasado 26 de agosto, en el aeropuerto de Venecia, desde donde regresaba a Madrid. Había facturado mi equipaje y tenía la tarjeta de embarque, impresa online. Todo parecía ir bien, hasta que debí pasar la “sicurezza”. Eran las 10:30 y mi vuelo debía salir a las 12:15, pero el aeropuerto era un verdadero caos y la serpiente que se forma con las cintas y los pasillos para pasar seguridad daba ya ocho vueltas. Lo peor era que parecía no avanzar y los comentarios que llegaban decían que seguridad se había puesto “muy dura”. Transcurrieron 45 minutos y seguía prácticamente al final de la cola. Entonces llegó una empleada del aeropuerto levantando una señal redonda y amarilla que ponía “Follow me” (Sígueme) y nos sacó de la cola a los últimos cien pasajeros. Corriendo literalmente tras la señal, con nuestro equipaje de mano, cruzamos toda la zona de facturación y desembocamos en un control de seguridad reservado para casos de emergencia. Allí fuimos sometidos a una inspección muy estricta que implicaba quitarse ropa, cinturones, zapatos, relojes pulsera y todo lo metálico, y además, en muchos casos, abrir el equipaje de mano tras pasarlo por el escáner. Otros 20 minutos y la comprobación de que realmente la cosa estaba “muy dura”, sobre todo al ver que los agentes cacheaban a varios pasajeros, entre ellos a un par de niños.

Desde los atentados del 11-S nos hemos tenido que resignar a sufrir los inconvenientes de los sistemas de seguridad cada vez más estrictos. Y los Estados Unidos han sido los que más han intentado suavizar el problema, ensayando lo que llaman “Programas de Viajero Fiable”, diseñados especialmente para los viajeros frecuentes y los viajeros de negocios, que son quienes pueden aportar datos que los pre-identifiquen como fiables. Estos programas han sido tanto oficiales como privados. En este último caso destaca el llamado “Verified Identity Pass” (Pase de Identidad Verificada), que creó en 2007 la compañía llamada Clear.

Clear realizó una inversión millonaria para poner en marcha su programa, que funcionó en 18 aeropuertos estadounidenses y llegó a tener unos 250.000 clientes. Estos viajeros suministraban voluntariamente sus datos y con ellos se configuraba un pase con información biométrica. Se les

cobraba una anualidad de 199 dólares (140 Euros) para tener el privilegio de pasar por seguridad a través de unos pasillos reservados que tenían la marca “CLEAR”. Pero el programa sólo se mantuvo durante poco menos de dos años, ya que la Dirección de Seguridad en el Transporte (“Transport Security Administration, TSA”) suspendió la operación en base a que se descubrió una vulnerabilidad en el almacenamiento que hacía Clear de la “sensible información personal” de los clientes. Esto fue a raíz de que, en el aeropuerto internacional de San Francisco, apareció abandonado un ordenador portátil que tenía la información correspondiente a 33.000 clientes de Clear.

La reciente puesta en marcha de los escáner corporales y el aumento de los cacheos personales ha provocado la reacción de muchos pasajeros que alegan que se viola su intimidad y/o se los somete a un trato que consideran vejatorio. Esto ha hecho que la TSA se haya propuesto probar un nuevo programa de viajero fiable, que espera poner en marcha antes del próximo invierno. John S. Pistole, el director de la TSA, ha dicho que el programa se basará en un sistema de seguridad “inteligente y basado en el riesgo”, que suministrará a los pasajeros pre-aprobados unos pases de embarque codificados con información de identificación personal, que les permitirá pasar los controles de seguridad por unos pasillos especiales en los que “el procedimiento será expeditivo”. El señor Pistole dice que está decidido a que el nuevo sistema se base más en la inteligencia y no en la búsqueda obsesiva de “cosas prohibidas” en los puntos de control.

La TSA no ha aclarado en qué consistirá el “procedimiento expeditivo”, pero los programas de viajero fiable intentados hasta ahora se han basado en la presunción de que, si se desarrolla una nueva tecnología, los viajeros pre-aprobados serían objeto de un control menos exhaustivo, y sobre todo menos molesto, incluyendo beneficios como el de no tener que quitarse los zapatos. Personalmente, estaría encantado si pudiese suministrar a las autoridades correspondientes la información básica que me solicitaran para declararme fiable y poder pasar los controles de los aeropuertos con mis zapatos puestos y mi intimidad intacta. ●